

GÉNERO Y FRONTERA EN LA NARRATIVA DE MARÍA ROSA LOJO: LECTURAS

Antonio R. Esteves*

Resumen: A partir de un breve mapa de la presencia del indígena, el mestizo y la mujer (indígena o mestiza) en las obras de María Rosa Lojo, esta es una lectura de cuatro relatos del libro *Amores insólitos de nuestra historia* (2011) que tienen a la mujer en el centro. Dichas narrativas constituyen un género híbrido que borra las fronteras entre géneros tradicionales y produce un diálogo que recupera antiguas voces antes no escuchadas, olvidadas o eliminadas de los discursos hegemónicos, permitiendo que voces subalternas surjan por entre las fisuras del discurso eurocéntrico. Indígenas, mujeres indígenas o mestizas, que se hacen escuchar y traen al presente su existencia antes apenas vislumbrada, demuestran otras versiones de la historia argentina que hacen cambiar antiguos mitos identitarios.

Palabras clave: María Rosa Lojo; *Amores insólitos de nuestra historia*; Narrativa Histórica; Género y Frontera; Identidad Argentina.

Abstract: *From a brief map of the presence of Amerindians, mestizo, and women (pure Indian or mestizo) in the works of María Rosa Lojo, this is a reading of four stories from the book Amores insólitos de nuestra historia (2011) that have women at their center. These narratives constitute a hybrid genre that erases the borders between traditional genres and produces a dialogue that recovers old voices previously unheard, forgotten or eliminated from hegemonic discourses, allowing subaltern voices to emerge in the fissures of the Eurocentric discourse. Indigenous peoples, indigenous or mestizo women, who make themselves heard and bring to the present their previously barely glimpsed existence, demonstrate other versions of Argentine history that change ancient identity myths.*

Keywords: *María Rosa Lojo; Literary Genres; Historical Narrative; Gender and Borderland, Argentine Identity.*

*Doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidade de São Paulo (Brasil), profesor de grado y posgrado e investigador en la Facultad de Ciencias y Letras, UNESP-Universidade Estadual Paulista (Brasil). Correo electrónico: aesteves26@uol.com.br

Gramma, xxx, 62 (2019), pp. 23-37.

Fecha de recepción: 04-12-2018. Fecha de aceptación: 25-02-2019.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

EL INDIJO COMO PRÓJIMO, LA MUJER COMO EL OTRO

En un texto crítico de 1996, analizando el clásico *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de Lucio V. Mansilla (1831-1913), María Rosa Lojo, en una visión que podría además tener validez para buena parte de la literatura del siglo xx, afirma que la literatura argentina del siglo xix representa al indio como «prójimo» y destina a la mujer la categoría de «otro»:

Mientras el indio varón aparece como el prójimo, sustancialmente identificable con cualquier blanco del sexo masculino, la mujer, sin que se niegue su pertenencia a la especie humana dotada de alma, es el otro, el ser distinto y siempre algo distante (aunque llegue a puntos de máxima cercanía física y afectiva) que se le presenta al varón con rasgos de una remanente ininteligibilidad (Lojo, 1996, p. 131).

Preocupada por dicha constatación, la escritora y ensayista viene dedicándose hace más de tres décadas a traer el centro de su obra, tanto la ficcional como la crítica, las figuras del indígena y de la mujer, destinándoles un espacio que el discurso hegemónico, claramente patriarcal y eurocéntrico, les ha negado.

Nacida en 1954, María Rosa Lojo es hija de expatriados tras la guerra civil española que se quedaron en la Argentina buscando una nueva tierra. Como «exiliada hija» (Lojo, 2006a, pp. 87-97), ella creció y fue educada en Castelar, zona en que la metropolitana Buenos Aires se abre para la mítica inmensidad de la pampa, una especie de entrelugar (Santiago, 1978, pp. 11-28), transitando entre dos mundos y por lo menos tres culturas diferentes, aunque similares. En su casa se juntaban, además de la Argentina local, la España castellana de la madre nacionalista y la Galicia del padre socialista y republicano. Ella se educó en una escuela argentina que le enseñó una patria distinta de aquellas que tenía en el hogar, en un español rioplatense que no era el castellano materno ni, claro, el eventual gallego paterno. Así, teniendo que deambular desde su nacimiento por la diversidad cultural y, en muchos momentos, también lingüística; experta en «traducciones culturales», María Rosa Lojo acabó por tomar la senda de las letras, quizás la más propicia para la elaboración de una identidad si no en continuo tránsito, por lo menos, en uno bastante provisional.

Autora cuya principal impronta es la circulación por un entrelugar discursivo, en cuyas fisuras florecen obras que barajan, adrede, los géneros tradicionales. María Rosa Lojo ostenta una considerable producción literaria desde su estreno en el panteón literario argentino a principios de los años ochenta. Asimismo sus libros han sido traducidos a diversas lenguas y son objeto de estudio en varios puntos del orbe.

Sin embargo, en tan amplio y variado campo de acción, se pueden constatar algunas líneas directrices básicas. Tanto su crítica como su creación literaria señalan una presencia constante: la reflexión sobre la identidad argentina, urdida en el umbral

de lo improvisado, en el entrelugar de conceptos móviles y pasajeros sobre los cuales se erigió el discurso fundador de esa cultura desde el siglo XIX. Es decir, la antinomia «civilización» versus «barbarie», heredada de Sarmiento, en la cual el primer término representa lo que vino del centro, de la Europa civilizadora, y el segundo representa la exuberancia de la naturaleza local y la forma como los primeros colonizadores trataron de adecuarse a ella. Disolver el maniqueísmo de ese binomio, un tópico literario, mito y construcción política, que nace y se perpetúa para justificar la aniquilación del otro anatematizándolo como bárbaro (Lojo, 2004, p. 115), es el objetivo de buena parte de las obras de la escritora.

En la larga lista de su obra ficcional, merecen destaque las narrativas casi siempre urdidas en los borrosos límites entre historia y ficción, que en general abordan cuestiones históricas e identitarias asociadas a tránsitos y a fronteras. La vasta galería de sus personajes está poblada por seres excéntricos que tratan de encontrar una identidad posible o un lugar, imaginario o real, en donde encontrarla y/o encontrarse. Exiliados, migrantes, viajeros y aventureros en general, en un constante deambular, circulan por las fronteras de varios mundos, en especial por el vasto territorio argentino. En dicha galería, indígenas y mujeres, y también mujeres indígenas, ocupan un lugar significativo.

Estas narrativas de extracción histórica (Trouche, 2006) constituyen un género híbrido, que cruza tipos de discurso en los cuales se acentúan aspectos historiográficos y antropológicos asociados con la interculturalidad. Las causas de su proliferación son muchas y variadas, aunque no han sido estudiadas lo suficiente. No es ese el objetivo del presente trabajo, pero se puede afirmar que, en la mayor parte de los casos, no se limitan al simple refugio en el pasado causado por un presente hostil y poco promisor. En el caso argentino, María Rosa Lojo, en el texto crítico ya citado sobre la novela histórica (2004), indica una demanda social por profundizar el entendimiento del pasado. Y porque el pasado es complejo y agobiante, se nota la urgencia de llegar a una idea más matizada de lo que pasó y de cómo el pasado puede ayudarnos a comprender el presente. La intención de interpretar dicho presente desde el pasado tiene lugar en la representación de fronteras interculturales y sus procesos de traducción cultural y conversión intercultural, entre otros, de cautivos, de traidores y de traductores culturales en contacto con el otro: es lo que muestran las narrativas en cuestión.

Al borrarse las fronteras de los géneros tradicionales, con la mezcla de varios tipos de discurso, el intercambio entre las diversas modalidades de narrativas ficcionales e históricas es frecuente. Y en esa interacción, adquieren importancia antiguas vo-

ces antes no escuchadas, olvidadas o borradas de los discursos hegemónicos. En las fisuras del discurso eurocéntrico hegemónico, van surgiendo voces subalternas, de indígenas y de mujeres, de mujeres indígenas y mestizas, que se hacen escuchar y traen para el presente su existencia antes apenas vislumbrada, que revela otras versiones de la historia haciendo cambiar antiguos mitos identitarios.

AMORES INSÓLITOS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Cuando viene a la luz *Amores insólitos de nuestra historia* (2001), su noveno libro, María Rosa Lojo ya es una escritora conocida, especialmente por haber dedicado tres novelas y un libro de relatos al interesante diálogo entre literatura e historia, que consideramos ser su marca personal. Revisitar por medio de la ficción la historia argentina es una preocupación frecuente en su obra. De ese modo, en los relatos que constituyen ese volumen, la escritora se dedica a contar, de modo ficcional, una serie de relaciones amorosas, que ella llama insólitas por referirse a una modalidad especial de amor. Se trata de los amores que rompen barreras de diversos tipos, en los cuales los amantes penetran en la realidad del otro que, muchas veces, es bastante diferente, sobre todo por implicar una especie de ruptura con el poder, dado que el otro puede ser el enemigo o el subalterno. La asimetría con relación al poder, tema constante de la literatura, acaba por caracterizar tales amores que, justamente por ello, son definidos como insólitos (Lojo, 2011, p. 21).

A los catorce relatos que constituían la primera edición del libro, se añaden dos más en la segunda edición de 2011. La acción de estos relatos cubre prácticamente toda la historia argentina, desde la llegada de los primeros colonizadores europeos al territorio en que, tres siglos más tarde, surgiría la República Argentina, hasta la última dictadura militar del siglo xx. Y como la escritora aclara en el «Prólogo», en casi todos los «amores insólitos» del libro, los amantes viajan con pasión y con peligro, cruzan fronteras, penetran, deslumbrados u horrorizados, o ambas cosas simultáneamente, en la cultura y en el territorio del «otro» o de la «otra», que a veces son también los enemigos que los capturan, o los derrotados convertidos en «subalternos» (Lojo, 2011, p. 19).

Dicho desnivel con relación al poder que suele caracterizar esos amores es paradigmático en el mestizaje fundamental de las sociedades hispanoamericanas, incluyendo la argentina. De ese modo, varios relatos del volumen tienen que ver con las mezclas étnicas que «a veces lograron nivelar a los amantes en la entrega mutua, y otras, perpetuaron la jerarquía del amo y del esclavo» (Lojo, 2011, p. 20). Sin embargo, no hay que olvidarse que en las condiciones «más normales», durante siglos,

la diferencia de género fue tomada como marca de la «inferioridad innata» del lado femenino para justificar la dominación masculina (Lojo, 2011, p. 20).

Como aclara la misma escritora en su «Prólogo», el libro trata de explorar [las] complejidades y perplejidades de la pasión. También propone una poética del amor en la sociedad argentina, construida en buena parte gracias a los «amores insólitos», a las mezclas y las alianzas de las culturas y etnias en el tan mentado «crisol» (Lojo, 2011, p. 21).

Se trata de una suerte de explicitación de una poética que, en prácticamente toda su creación literaria, defiende que los argentinos dejen de sentirse unidos por el espanto, y que «el amor insólito ejerza sus poderes de comprensión, de tolerancia y de diálogo» (Lojo, 2011, p. 21).

De ese modo, partiendo de un breve mapa de la presencia del indígena, del mestizo y de la mujer, indígena y mestiza a la vez, en la narrativa de la escritora, trataremos de hacer la lectura de algunos relatos que tienen a la mujer como centro, sea de la acción, sea del relato, especialmente indígenas y mestizas, además de cautivas y de viajeras, que, aunque provenientes del centro, cambiaron su forma de vivir y de pensar al entrar en contacto con las culturas americanas originarias. El corpus de análisis está constituido por cuatro relatos de *Amores insólitos de nuestra historia*. De su primera edición (2001), «El Maestro y la Reina de las Amazonas», «Los amores de Juan Cuello o las ventajas de ser viuda» y «Otra historia del Guerrero y de la Cautiva» y, de la edición de 2011, «Té de Araucaria». Como se trata de un tema recurrente en la obra de la escritora, siempre que sea necesario, se hará el contrapunto con otras obras suyas que también tratan del tránsito cultural entre los habitantes locales y los que vienen de fuera. La ocupación del desierto y el contacto entre «civilización» y «barbarie» es el telón de fondo en el cual se proyectan esas historias de encuentros culturales que dieron origen a lo que se conoce como la Argentina.

TATUAJES EN EL CIELO, EN LA TIERRA, EN EL CUERPO DE LA MUJER (INDÍGENA)

«Tatuajes en el cielo y en la tierra», el primer relato del libro, más que otros, quizás por la época en que se desarrolla la acción, la segunda mitad del siglo XVI, se teje en la borrosa zona fronteriza entre literatura e historia, entre ficción y antropología. Plantea una nueva versión de la historia de la conquista del Río de la Plata, que se cuenta a través de la mirada femenina y señala, además, las relaciones especiales con la naturaleza, la tierra y el equilibrio que adviene del punto de vista femenino.

Articulado en dos partes, el relato traza un inmenso arco que une el interior de Sudamérica al interior de Europa. En la parte inicial, cuya trama se sitúa en algún vago punto del Paraguay de esa época, actual territorio de los Estados brasileños de

Mato Grosso, el foco es Ximú, una ficticia indígena de la ya extinguida tribu de los xarayes, que recuerda la rápida relación amorosa con un exótico visitante que pasó por su aldea cuando iba en busca del reino de las Amazonas. En la segunda, los hechos se desplazan a Europa, a Ratisbona, la Regensburg alemana de hoy, y el foco se centra, entonces, en la figura del conquistador Ulrich Schmidl, ficcionalizado en el relato. Ese vasallo del Sacro Imperio que tentó a la suerte en la conquista del Río de la Plata, siguiendo los pasos de los españoles, también recuerda con nostálgico cariño aquel amor fugaz casi empañado por el tiempo y por sus aventuras en las tierras encantadas del Nuevo Mundo.

Significativamente, el comienzo del relato se focaliza en la indígena que, de modo vicario, transmite su mirada sobre el mundo y sobre el conquistador, operando una productiva inversión de valores. Ulrich surge, entonces, en las páginas del relato, como un hombre sensible, capaz de ver al otro y dispuesto a descubrir, en sus cuerpos, una riqueza superior al mero deseo de volver a Europa cargado de oro y de plata. Lo que él ofrece al retorno, de acuerdo con aquello que Beatriz Pastor (2008, p. 219) llama el discurso narrativo del fracaso, es su experiencia.

Partiendo de dicha mirada, el texto propone una inversión de la épica tradicional de la conquista. Tenemos entonces ya no un conquistador español, sino su equivalente germánico, que trata de trazar la cartografía del cuerpo de la mujer americana y no los mapas de los tesoros de las nuevas tierras, puesto que, según el relato, «las Amazonas eran notoriamente inexistentes» (Lojo, 2001, p. 33). Ambos amantes sobreviven en el «territorio natural de su pasión» y propician otra lectura posible para la conquista, entretrejida a partir de la memoria de la mujer, dado que la nativa conquistada es quien se apodera del cuerpo del amado. Esa versión alternativa de la historia se hace posible a partir de las fisuras del relato del cronista germánico, y es desde ese entrelugar discursivo que la narrativa de María Rosa Lojo teje su contrapunto con la historia hegemónica.

El relato se trama en los límites entre diferentes tiempos (los siglos XVI y XXI), géneros (el masculino y el femenino), culturas (americana y europea) y discursos (historia y ficción). A su vez, por el tema, circula por los bordes territoriales de la ocupación española en Sudamérica, paseando por la incierta cartografía de las desconocidas regiones del alto río Paraguay, puerta de entrada para los fantásticos reinos de la plata y del oro, que han poblado el imaginario europeo y colonial por largo rato. La narración se realiza en tercera persona, y esa voz narradora omnisciente puede ubicarse en los umbrales del siglo XXI. Su tono, que entrelaza ironía, parodia y diversos diálogos intertextuales, a veces más explícitos, otras veces menos, casi siempre conduce el

texto a la discusión y a la evaluación de los discursos, los heteronormativos y los hegemónicos. Se explicita, de ese modo, en dicha voz narradora, por la forma como conduce el relato, una marca bastante común a las narrativas de extracción histórica (Trouche, 2006): una relectura que trata de impugnar o de complementar la historia considerada hegemónica a lo largo de los tiempos.

«EL CONQUISTADOR CONQUISTADO» O LA MUJER COMO MAESTRA EN LA LECTURA DE LAS CARTOGRAFÍAS DE LA TIERRA

Los cuatros relatos siguientes dan un salto en el tiempo para ubicar la acción en la segunda mitad del complejo siglo XIX, en el proceso de construcción del discurso de la nación argentina, cuando, además, se sentaban las bases para la literatura propia. Ya en el título, «El Maestro y la Reina de las Amazonas», se propone discutir dicho proceso. Se juntan el representante de la «civilización», el maestro, esa significativa figura salida del imaginario de Sarmiento con el objetivo de suplantar la barbarie, representada por la naturaleza, la tierra americana, sus habitantes y sus mitos. Al poner frente a frente a un maestro de escuela primaria y a una mujer mestiza, la histórica montonera Martina Chapanay (1800-1874), asociada con la mítica reina de las Amazonas, la voz narrativa del relato discute de modo claro la antinomia sarmientina que presidía la construcción nacional argentina, operando una inversión de los relatos tradicionales.

El maestro, hombre joven y culto de Buenos Aires, en el proyecto de civilizar a partir de la educación, dicta clases en un pueblo perdido en el noroeste argentino cuando entra en contacto con un misterioso jinete, que resulta ser la famosa montonera, que lo secuestra llevándolo para su refugio en la sierra e instándolo a enseñarle a leer. Sin otra salida, él, urbano y frágil, en un ambiente hostil, clara inversión de los roles tradicionales, acata la intromisión. Constata entonces lo obvio. Martina Chapanay es una mujer inteligente, que, además de ágil en el manejo del caballo y de las armas, es profunda conocedora de los secretos de la tierra. Rápidamente ella domina los misterios de la lectura, acercándose a los libros con la misma habilidad con que trataba la tierra. Para ella, leer parece mucho más sencillo que rastrear. Ellos terminan por tener una insólita relación amorosa durante el corto período de aprendizaje.

El último libro que el maestro le presta a su alumna es el *Facundo*, que ella no solo asimila rápidamente, sino que también discute y contesta. Martina, que había militado en las columnas de Facundo Quiroga, no está de acuerdo con la forma en que Sarmiento lo retrata en su obra. A esa mestiza, hija de una cristiana y de un cacique huarpe, le parece que el futuro presidente de la República se asemeja a veces «a una vieja contando

chismes» (Lojo, 2001, p. 139), que suele equivocarse en sus historias faltando a la verdad. Lo único que le gusta en el relato es «cómo pinta al Tigre peleando. Es tal como si lo viera ahora mismo con los ojos» (Lojo, 2001, p. 140). Además sugiere que el escritor podría haber resumido los tres capítulos dedicados al rastreador, gaucho malo y baqueano en uno solo, dado que ella misma había hecho las tres cosas, aunque «[n]adie supone que las mujeres hagan esas cosas» (Lojo, 2001, p. 140). El debate entre las dos posiciones antagónicas, la del joven intelectual de la capital y la de la mestiza guerrillera del interior, no impide que el maestro se encante con el punto de vista del otro, como ya le había pasado a Sarmiento. Y se enamora de ella.

La discusión del libro trae el tema de las amazonas, que, para Martina, se trata de un relato tan fantasioso como los de Sarmiento. «Y si lo dice por mí, no me ha hecho ninguna falta vivir como amazona para saber lucirme en oficios de varones» (Lojo, 2001, p. 141). Seguramente, dirá la montonera, hablando de los cronistas que inventaron los relatos de las mujeres guerreras, «[e]sos españoles les temerían a las hembras que no podían tener sujetas» (Lojo, 2001, p. 141).

Si consideramos que Schmidl, el conquistador protagonista de «Tatuajes en el cielo y en la tierra», no quiere sujetar a su Ximú, sino que se propone descubrir, con la lengua, los dibujos de su cuerpo tatuado, se puede constatar la forma radical propuesta por María Rosa Lojo en la lectura de la historia de la conquista y de sus relatos maravillosos.

Treinta años después, el maestro regresa a Jáchal, a visitar la tumba de su amada, muerta hace ya unos cuantos años. Delante de la tumba que se ha transformado en lugar de peregrinaje, él hace una serie de reflexiones que establecen la discusión propuesta por la narradora. Su monólogo, que constituye la segunda parte del relato, sigue los planteamientos de la primera parte: discute la historia hegemónica, especialmente después de la derrota de las montoneras y la puesta en práctica del proyecto civilizatorio sarmientino. Una de sus preguntas sería sobre el destino del ejemplar del *Facundo* que él le regaló al despedirse. Una opción es que lo habría perdido, «hojas desechas y manchadas de barro, lanceadas como Peñaloza, ultrajadas y escupidas como la cabeza del Chacho» (Lojo, 2001, p. 143). La otra opción es «creer que Martina conservó ese libro hasta el final de su vida, por la parte de verdad que también para ella contenía» (Lojo, 2001, p. 143), o porque con él había aprendido «a rastrear otras huellas, a descubrir otra clase de tropa en retirada, o de escondidas riquezas» (Lojo, 2001, p. 143).

Quizás una de las lecciones que el maestro haya aprendido con Martina, además de las diversas clases de lecturas, sea el cuidado en

[...] leer los libros que escribieron los hombres [...] porque a menudo esos libros mienten y traicionan. Porque descomponen y desfiguran como un espejo equivocado, la realidad que otros construyen con sus cuerpos en el mundo exterior donde esos cuerpos sangran, sudan y gritan y penetran los unos en los otros, con los gestos del amor y de la muerte (Lojo, 2001, p. 142).

La lección de Martina al maestro, que replantea su mirada de civilizador y acepta, por las artes del amor, otras formas de leer no solamente el mundo, como si fuera un rastreador, sino también otros libros, especialmente aquellos escritos por los hombres, dueños del poder. Esa también pretende ser la lección de María Rosa Lojo al lector, cuyos ojos pasean por sus páginas, sacando de ellas signos resplandecientes, que le puedan servir de guía por este mundo de tinieblas que a veces es la realidad.

LAS VENTAJAS DE SER VIUDA: LA MUJER EN CONTROL

Quizás el cuento más paradigmático en mostrar el papel femenino en las sociedades indígenas, ranqueles en este caso, sea «Los amores de Juan Cuello o las ventajas de ser viuda». Se trata de una narrativa en primera persona en que la *machi* Flor de Plata escribe, ya en la vejez, la historia de su vida. El personaje histórico es el aventurero Juan Cuello (1830-1851), uno de los muchos rebeldes más románticos que políticos que se escapa del poder de la mazorca rosista y se refugia entre los ranqueles. La novedad es que esa historia, bastante común en aquellos tiempos, presenta una inversión de los puntos de vista.

Para ello, la escritora crea un personaje femenino, Flor de Plata, una joven *machi* indígena sin muchos atractivos en cuanto a belleza física que, en el relato, se hace rica en una trama que incluye el casamiento de Juan Cuello con la hermana del cacique Mariano Moicán, la traición de esta esposa para quedarse con la recompensa ofrecida por el gobierno de Rosas, la sucesiva ejecución ejemplar del rebelde, además de la muerte de la esposa traidora y del indígena que la roba, quien acaba por casarse con la *machi* poco antes de morir misteriosamente. Por arte de sus tramas o del destino, el dinero de la recompensa recibido por la esposa de Juan Cuello viene a parar a las manos de Flor de Plata, que compra con él un cautivo blanco, hijo de un vasco acaudalado, con el cual acaba por casarse y con quien constituye una familia mestiza y un próspero negocio ganadero. Se trata de una inversión del mito de la cautiva y del motivo de la fragilidad de la mujer común a la cultura romántica patriarcal.

El arco temporal del relato abarca más de medio siglo: la primera parte de la acción ocurre a la mitad del siglo XIX, todavía en la época de Rosas, cuando los Pampas bonaerenses vivían en relativa tranquilidad, pactando con los *huincas*/blancos cuando era necesario. La exposición por Flor de Plata de su propia historia está fechada en

1910, cuando ella, matriarca de una genealogía de mestizos construida con el marido cautivo, es una rica estanciera en la misma región, ahora debidamente incorporada al universo civilizado de la República Argentina. El trauma de «la conquista del desierto», expresión por la cual se conoce el proceso histórico de ocupación de las tierras indígenas por parte de la República, aparece resumido en pocas líneas:

Pasaron los años, cambiaron los gobiernos, y cambió la suerte de la gente de la tierra. Fue cruel para la mayoría. Los que alguna vez habían sido grandes señores terminaron muertos o, peor aún, como sirvientes de aquellos a quienes habían combatido con orgullo. Separaron las madres de sus hijos, condenaron a los pueblos a la dispersión de todo aquello que apreciaban y en lo cual creían (Lojo, 2001, p. 188).

La narradora del relato sufre ella misma un proceso de integración al mundo *huinca*. Como acaudalada estanciera en El Bragado, aprende la lectura y la escritura «que hace a los *huincas* tan vanidosos» (Lojo, 2001, p. 188) y envía a los hijos a la Universidad. Uno de ellos va a estudiar la medicina de los blancos, aunque su madre le haya enseñado su propia ciencia, de *machi*, que no ha abandonado. Ella cuida que sus hijos no tengan vergüenza de su origen mestizo y conozcan las dos fuentes de su cultura.

Al señalar el origen mestizo de muchos argentinos, la escritora celebra, en su escritura, la construcción de una identidad nacional que se fragua en el encuentro de culturas. Dándole el protagonismo a una mujer, recupera el papel femenino en las sociedades indígenas de la pampa, bastante más activo que en la sociedad argentina de la época, tanto en lo tocante al ejercicio de la sexualidad como en la relación con las fuerzas telúricas y naturales.

CAUTIVAS PERO LIBRES

Jorge Luís Borges (1899-1985), principal nombre de la literatura argentina de todos los tiempos, entremezcla en su «Historia del guerrero y la cautiva», del libro *El Aleph* (1949), con su peculiar estilo sinuoso y especular, dos interesantes historias. La primera es la tradición del guerrero lombardo Droctulft, personaje sacado de las brumas del mito, medio histórico, medio legendario, que abandona su cultura bárbara para defender Ravena, la culta ciudad del enemigo romano. El otro es un relato biográfico de su abuela inglesa, esposa del Coronel Francisco Borges (1835-1874), que en 1872 era «jefe de las fronteras Norte y Oeste de Buenos Aires y Sur de Santa Fe» (Borges, 1974, 558). Dice el relato borgeano que, en una ocasión, cuando el abuelo estaba en el fortín de Junín, la abuela tuvo la oportunidad de conocer a una coterránea inglesa que vivía como cautiva entre los ranqueles y que, para su perple-

alidad, prefería vivir con su familia actual a regresar a la civilizada Inglaterra. En el relato borgeano, pesan las palabras fuertes con que el narrador define a los bárbaros y las palabras de reflexión que atribuye a los civilizados, pero ambos personajes, el guerrero y la cautiva, son dominados por una especial atracción por la cultura ajena y abandonan la suya.

En «Otra historia del Guerrero y de la Cautiva», María Rosa Lojo realiza una «contraescritura» del referido cuento de Borges (Lojo, 2001, p. 336) y relata la historia de los encuentros y los desencuentros, quizás más desencuentros que encuentros, entre Dorotea Cabral, «la cautiva», y Lisandro Cáceres, «el guerrero», episodio sacado de los anales de la historia militar de la ocupación del desierto.

Dorotea, apresada en un malón, acaba por abandonar su cultura gaucha original para adoptar la cultura ranquel de sus captores, casándose con el cacique Cañumil, el Barba de Oro, y adoptando el nombre «Lucero Rojo». Cuando el General Roca derrota a los indígenas, ocupa sus tierras y hace prisioneros a mujeres y a niños, ella y sus tres hijos mestizos son devueltos, en contra de su voluntad, a la civilización. Reencuentra, en dicho proceso, a Lisandro y con él mantiene una breve relación, que se rompe porque él se niega a aceptar que ella haya sido feliz entre los ranqueles. Separados, ella desaparece de la historia, como desaparecieron todos los indígenas y mestizos.

La historia termina con un Lisandro solitario en su vejez, reflexionando sobre el sentido de la persecución y de la destrucción de la cultura indígena, perpetradas por la guerra del General Julio Argentino Roca con el objetivo de integrar las tierras indígenas al capitalismo global. Al acordarse de Dorotea/Lucero Rojo, él revive las discusiones que tuvo con ella sobre el sentido de la civilización y de la barbarie en la ocupación del llamado desierto y el papel que les tocó a ellos, los soldados llanos que dejaron todas sus energías en una lucha que no era suya, para después acabar también relegados al margen, prácticamente del mismo modo que los indígenas. Dialogando con el célebre cuento de Borges, el relato repasa, además, varios textos que retoman ese tema que se repite en la cultura argentina, el motivo de «la cautiva».

Eximia en manejar la biblioteca de la literatura (Samoyault, 2008), especialmente en los epígrafes, María Rosa Lojo abre su relato con un fragmento de la novela *Pablo, o la vida en las pampas* (1869), de Eduarda Mansilla (1834-1892), en el cual un personaje femenino le dice al marido que guarde el dinero del rescate, ya que ella prefiere al indio antes que a él. La temática de los malones y los cautivos es frecuente en buena parte del siglo XIX, y no siempre, como se ve en la reminiscencia familiar inmortalizada en el cuento de Borges o en el fragmento de la novela de Eduarda

Mansilla, las cautivas desean volver a la así llamada situación «civilizada», dado que parece que, en las sociedades ranqueles, la mujer, una vez convertida en madre, gozaba de prestigio.

Lucio V. Mansilla (1831-1913), hermano de Eduarda (que hizo la traducción al español de la novela de su hermana escrita originalmente en francés), es el autor del clásico *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), importante obra que asigna a los indígenas el papel de iguales en la historia argentina, como «si solo fueran otros tantos cristianos a los que les hubiese tocado la suerte de nacer en otro lugar y con distintas costumbres» (Lojo, 2001, p. 228), una visión extravagante según Lisandro Cáceres, el guerrero del relato.

Al escribir «otra historia» del guerrero y de la cautiva, María Rosa Lojo enseña a su lector otras posibilidades de leer la historia de la conquista del desierto y, también, la literatura argentina. Señala que el gran bardo de la literatura argentina, a pesar de su exaltación de la civilización y de la ferocidad con que describe a los bárbaros, no deja de manifestar su atracción por la historia de la cautiva, en la que se vislumbra el perfil especular de la condición americana, ya que el vivir en la frontera no solo es condición de la cautiva, sino también de su propia historia personal y, por extensión, de la literatura argentina (Sarlo, 2008, p. 79). El vivir en dos mundos, en el caso de las cautivas y del mismo Borges, también se puede encontrar en la historia de María Rosa Lojo, en su condición de exiliada hija.

EL CAUTIVERIO A LA INVERSA

La historia argentina y por ende su literatura, del mismo modo que es pródiga en registrar la historia de las cautivas, también se dedica a un fenómeno bastante común, es decir, el cautiverio directo o indirecto, generalmente violento, pero a veces blando y cargado con tintas románticas, de las mujeres indígenas por el hombre blanco. Este fenómeno en general se ve como normal y no ha merecido atención especial de escritores y de historiadores. Se acepta con cierta normalidad que el macho conquistador tome a las mujeres indígenas, como a la tierra, a la fuerza o no, poblando y pueble el territorio con una genealogía de mestizos.

En ese sentido, «Té de araucaria», el relato añadido en la segunda edición de *Amores insólitos de nuestra historia* (2011), es un ejemplo de cómo María Rosa Lojo entreteje con maestría los hilos de la ficción con los de la historia. Cuenta el proceso de la toma de conciencia de Manuela Namuncurá, personaje ficcional, nieta en la narrativa del célebre cacique mapuche Manuel Namuncurá (1811-1908) y sobrina del también célebre santo, Ceferino Namuncurá (1886-1905). Casada con un in-

glés viajero que colecciona excentricidades, ella se transforma en Lady Cavendish, alias Dolly, que en inglés se asocia a muñeca, juguete o niña, que su marido exhibe en los salones finos como un animal exótico, hasta que ella, quizás por el sortilegio del té de araucaria, decide desaparecer con su amante, Lord Greystoke, el joven crecido entre monos en África.

El relato, dividido en cuatro partes, tiene su acción en la Costa Dorada, lugar de veraneo de las ricas clases ociosas, cuyo tiempo se gasta en tediosas partidas de póquer en las que Dolly acumula victorias sobre sus vanidosas compañeras de juego blancas, en interminables comidas, paseos por la playa o bailes en salones privados, en los cuales Lord Cavendish es siempre era el centro de un auditorio atento a sus historias exóticas. La acción se desarrolla a lo largo de un día entero, durante el cual Dolly, una especie de muñeca del marido, se da cuenta de su papel y se escapa, en la madrugada después del baile, con Lord Greystoke, que no es otro sino el personaje de Edgard Rice Burroughs (1875-1950), el célebre Tarzán, convocado por María Rosa Lojo para poner en discusión, una vez más, los límites entre civilización y barbarie, entre cultura y naturaleza.

El personaje que desencadena el proceso de concientización de la protagonista es Luisa —la criada contratada por Lord Cavendish—, mapuche también originaria del sur de la Argentina, una especie de *machi*, que le habla poco, «palabras casi susurradas, en una lengua muy antigua —la lengua madre— que no era el castellano, y que Dolly o Manuela creía reconocer» (Lojo, 2011, p. 253). Además, Luisa domina el poder de las plantas y sus infusiones sanan el cuerpo y el espíritu, «para la meditación, para el amor y para el sueño, para olvidar y para recordar [...] lo que Dolly o Manuela hacía con más frecuencia últimamente» (Lojo, 2011, p. 255).

Como se explicita en el título del relato, es el té de araucaria o de *pehuén*, «el árbol sagrado de los bosques australes» (Lojo, 2011, p. 255), el elemento que desencadena el proceso de memoria de la protagonista, incitándola a abandonar la vida de vanidades que llevaba como muñequita exótica del marido. De ese modo, Manuela, que ya había hecho el viaje de la periferia hacia el centro, del sur hacia el norte, se entiende que ahora regrese a sus orígenes y abandone ese ambiente de «vastas escenografías», en el cual los personajes necesitaban ponerse «un disfraz para sobrevivir». Es significativo que lo único que Manuela lleva de la casa del marido, además de la pequeña fortuna ganada en el juego con sus tediosas amigas y una maleta con ropas, son sus alhajas araucanas. Con estas joyas, moldeadas a martillazos en plata por joyeros mapuches, que simbolizaban la unión con la tierra, debería ser enterrada, si no hubiese hija para heredarlas, completando el ciclo de integración con la naturaleza.

Lord Greystoke, en dicho viaje, sería el compañero ideal, ya que, a pesar de ser blanco, comparte con ella la misma experiencia: haber vivido en otras latitudes y haber convivido con otras culturas. El regreso a los orígenes, completando el tránsito entre dos mundos diferentes, es la experiencia que esa «exiliada hija», que es María Rosa Lojo, siempre repite. Y lo hace para discutir los conceptos de civilización y barbarie, para mostrar que no hay mundos mejores o peores, sino mundos diferentes. Señala además hacia esa especie de «corredor» cultural, que va más allá de espacialidades y de temporalidades convencionales, una modalidad de puente que permita la circulación entre dos universos, que, en el caso de María Rosa Lojo, son la cultura europea y la cultura americana, el antiguo centro y la periferia. Al hacer el viaje de regreso, los protagonistas de «Té de araucaria» indican que su identidad solo se completa con el tránsito.

CUERPOS QUE HABLAN: LA MUJER OCUPA SU LUGAR Y HACE ESCUCHAR SU VOZ (PARA FINALIZAR SIN CONCLUIR)

Consciente de que arte y literatura son una constelación simbólica que representa determinada comunidad, que incluye un imaginario, los valores, la memoria, los conflictos y los miedos de dicha comunidad; consciente de que la literatura posibilita una experiencia muchas veces catártica de identificación, de reconocimiento y de indagación en los estratos más profundos de un grupo (Lojo, 2004), María Rosa Lojo hace valer su papel de intelectual. Como crítica literaria, trata de mostrar cómo se construye el discurso identitario de su país, a partir del pensamiento literario, representado en sus obras, especialmente en el tramado intertextual, ya que siempre dialoga con la tradición literaria, promoviendo, además, a través de las técnicas particulares de la literatura, la deconstrucción de ciertos mitos, señalando sus fragilidades. Del mismo modo que se puede construir un discurso, también se puede desarmarlo, como un perito desarma una bomba, a través de palabras organizadas en eficiente discurso. Eso hace María Rosa Lojo al traer para el centro de la historia literaria personajes que siempre estuvieron en los bordes, como las mujeres, los indígenas y, especialmente, las mujeres indígenas.

En la frontera entre los tiempos, los géneros, los sexos, los discursos se unen para una comprensión total, construyendo, en el territorio neutral de la pasión, un juego tierno e inofensivo, protegido por la mutua ignorancia de las ofensas y de los tabúes. En dicho entrelugar producido por el encuentro de cuerpos, culturas, ideologías o geografías, se leen otros discursos para la construcción de una utopía. Como toda utopía, un no lugar o lugar de todos, regido por el amor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Borges, J. L. (1974). *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Lojo, M. R. (1996). El indio como «prójimo», la mujer como el «otro» en *Una excursión a los indios ranqueles*. *Alba de América* 14, 26/27, 131-137.
- Lojo, M. R. (2001). *Amores insólitos de nuestra historia*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Lojo, M. R. (2004). Diálogo con Mercedes Giuffré. M. Giuffré (ed.), *En busca de una identidad: La novela histórica en Argentina* (pp. 109-127). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Lojo, M. R. (2006a). Mínima autobiografía de una «exiliada hija». M. Fuentes y P. Tovar (eds.). *L'exili literari republicà*, (pp. 87-97). Tarragona: URV.
- Lojo, M. R. (2006b). *Finisterre* (2.º ed.). Buenos Aires: Sudamericana.
- Lojo, M. R. (2008). *La pasión de los nómades*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Lojo, M. R. (2011). *Amores insólitos de nuestra historia* (2.º ed. aum.). Buenos Aires: Alfaguara.
- Lojo, M. R. (2013). *Las libres del Sur*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Pastor, B. (2008). *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*. Barcelona/Buenos Aires: Edhasa.
- Samoyault, T. (2008). *A intertextualidade* (Sandra Nitrini, trad.). San Pablo: Aderaldo y Rothschild.
- Santiago, S. (1978). O entre-lugar do discurso latino-americano. *Uma literatura nos trópicos. Ensaio sobre dependência cultural* (pp. 11-28). San Pablo: Perspectiva.
- Sarlo, B. (2008). *Jorge Luís Borges: um escritor na periferia* (Samuel Titan Jr., trad.). San Pablo: Iluminuras.
- Trouche, A. L. G. (2006). *América: história e ficção*. Niterói: EdUFF.